

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUBVIELA

EL SIGLO

El rábano por las hojas

La Escuela de Artes y Oficios es un establecimiento que bien atendido y administrado podría ser de gran utilidad, facilitando la educación industrial y profesional de muchos jóvenes, que al salir de la escuela tendrían la preparación necesaria para ejercer un arte ó un oficio. Pero esa institución ha sido desnaturalizada y no ha respondido á su objeto. —Se ha considerado como un verdadero establecimiento correccional, al que se enviaba á los jóvenes á quienes su familia no podía encaminar por la senda del trabajo y la moralidad. Así es que una vez dentro de la escuela no podían los alumnos salir de ella sin autorización del Gobierno, ó por lo menos del Director: dándose muchas veces el caso de que á los mismos padres ó tutores de los muchachos, se les negaba la facultad de retirar á éstos de la Escuela.

Entonces dependía ésta del Ministerio de la Guerra y era un coronel el director del establecimiento. Entonces la escuela era un taller en que se elaboraban muebles destinados á casas particulares, y era también un astillero en que se construían buques de guerra, que cruzaban después lenta y solemnemente por las calles de la capital. Se imponían á los alumnos penas muy rigurosas, de las que la salud de muchos llegó á resentirse. —Podría el establecimiento ser cuanto se quisiera, menos una verdadera Escuela de Artes y Oficios.

Vino una reacción: llegó una noche en que un número considerable de alumnos logró fugarse y se presentó al Ministro de Gobierno: se destituyó al Director de la Escuela y se levantó un sumario, nombrándose una Comisión para que averiguase lo que en ella ocurría: se trató en fin de dar á la Escuela un carácter y una organización mas adecuados á su índole y á su objeto.

Ahora ha surgido la idea de hacerla depender de la Comisión de Caridad que dirige y administra el Hospital y los demás asilos de beneficencia.

La idea nos parece originalísima. No se nos alcanza que conexión existe entre la beneficencia y las artes y oficios, á cuya enseñanza está destinada la Escuela. Pero esas originalidades no son nuevas aquí, y se explican porque en vez de considerarse en primer término el objeto de la institución, se tiene en cuenta exclusivamente la administración de la misma. Se ve que los fondos de la Caridad están perfectamente administrados, gracias al celo y á la rectitud de la Junta de Beneficencia: y sin entrar en más averiguaciones, se quiere que esa misma Junta se encargue de dirigir la Escuela de Artes y Oficios.

—Pero acaso hay alguna analogía entre un establecimiento que tiene por objeto enseñar artes y oficios, y el Hospital y los Asilos de caridad? —No creemos que exista ninguna. La Escuela de que se trata debería depender naturalmente, no del Ministerio de la Guerra, como antes sucedía, ni tampoco del ramo de beneficencia, como ahora se pretende, sino del Ministerio de Instrucción Pública, puesto que se trata de enseñar á expensas del Estado. —Comprendemos que lo que se quiere es evitar al Tesoro Público las erogaciones consiguientes al sostenimiento de la Escuela: pero no nos parece esa razón suficiente para desnaturalizar la índole de la misma, como sin duda se desnaturalizaría poniéndola bajo la dirección inmediata de las corporaciones que entienden en el sostenimiento de los Asilos de Caridad.

Esperamos que la Cámara tendrá en cuenta estas observaciones al discutir el presupuesto de gastos.

Inundados

Apelamos á la generosidad pública en beneficio de la siguiente obra humanitaria, promovida por nuestro estimable colega La Epoca y con la cual simpatizamos vivamente.

Lista de suscripción popular para socorrer á las víctimas de las inundaciones del Río Yaguarón y Río Negro:

El Siglo	\$ 20 00
Aquiles Ferriolo	10 00
M. G. Fournade	1 00
Julio Mailhous	10 00
L. P. Pouyane	4 66
Leon Strauss	5 00
Richesbert Hermanos	10 00
Jacob Etchebest y Munyo	10 00
Juan Munyo y Ca.	10 00

(Se reciben donativos en esta imprenta).

El cura de Olavarria

Buenos Aires, Agosto 29.

El Fiscal Dr. D. Teodoro Varela, ha pedido la

pena de muerte contra Castro Rodriguez, el cura de Olavarria.

Después de narrar los hechos se expresa así aquel magistrado:

En el estudio legal de los hechos anteriormente mencionados no ha y para qué fijar la atención en el matrimonio contraído por el sacerdote Castro Rodriguez, desde que si bien el matrimonio hace variar tanto la naturaleza del delito como la gravedad de la pena, él no puede en el presente caso tener importancia decisiva, y mayores consecuencias en el terreno de la ley, porque hay un voto solamente que modifica y altera todas las condiciones del matrimonio y las relaciones que de él se derivan, sean ellas relativas al prole, sean ellas relativas al delito cometido.

Un sacerdote, por nuestras leyes, no puede contraer matrimonio ni tener paternidad legal desde que la orden sacerdotal es un sacramento perpetuo que sigue al sacerdote en la suspensión y en el crimen.

Bajo cualquier aspecto que se le considere sea el sacerdote antiguo ó nuevo, fiel ó apóstata, virtuoso ó criminal, con cura de almas ó sin ella, pero siempre sacerdote, con el sacerdocio impuesto por el Pontífice y por el sello de la Fé, no puede llegar á ser padre legal ni tronco de una familia.

Fluye de aquí que él no ha podido cometer el delito previsto y castigado por el art. 94 del Código Penal.

Pero si bien esto es cierto, no es menos cierto también que los vínculos que le ligaban á las víctimas, si no eran de los que nacen de la ley, eran sin embargo de los que nacen de la naturaleza, y que los sentimientos que ha tenido que abogar, imprimen á su delito circunstancia que moralmente revelan una profunda perversidad.

Castro Rodriguez ha dado muerte á sabiendas á Rufina Padin y á Petrona Castro con las circunstancias agravantes de premeditación, alevosía, astucia ó disfraz y por medio de veneno, sin que pudiera invocar en su favor una sola circunstancia atenuante.

La aplicación de la ley penal es exigente, porque como todas las leyes ella tiene sus principios generales; es un conjunto de disposiciones que se relacionan entre sí, que se mueven y se animan á impulsos de estas mismas reglas; es una obra sistemática proveniente de una teoría general que domina su conjunto. Es evidente entonces, que ella no puede subsistir sino por el trabajo de una interpretación científica que relacione y coordine sus términos, explique sus locuciones, desprenda sus máximas y asegure su extensión.

Hé aquí la razón que existe para estudiar si los hechos del proceso revistan legalmente los caracteres de la premeditación, de la alevosía y de otras causas, que puedan agravar la penalidad del delincuente.

Castro Rodriguez después de un fuerte altercado con la mujer Rufina Padin, porque ésta no quería salir de su casa aunque él la despidiese, y viendo la situación afligida en que lo ponía, resolvió deshacerse de ella, para cuyo efecto fué hasta la botica del Siglo, sustrajo el veneno haciéndole entender que había ido en busca de polvos de Sila para calmarle los nervios y cuando se acostaron tomó un pedazo de pan sacándole la migra, puso dentro de esta y bien cubierto una cantidad de polvos de atropina diciéndole: toma esto que te calmará los nervios; se lo hizo tragar dándole agua por repetidas veces, y cuando el veneno principió á hacer sus efectos produciendo gran excitación mezclada de gritos y movimientos violentos, temeroso de ser sentido, tomó un martillo y descargó dos golpes sobre la cabeza de su víctima, tendiéndole muerte á sus pies.

La simple enunciativa de estos hechos, revela con la mas profunda verdad la deliberación de cometer el delito, Castro Rodriguez no ha obrado á impulsos de una pasión instantánea, pues entre el altercado y el hecho criminal ha mediado el tiempo suficiente para dar lugar á que la razón obrase sobre la voluntad.

Ha podido ir hasta la botica, sustraer el veneno, conversar con la víctima, hacerla acostar y luego valiéndose de la astucia suministrarle el veneno.

No hay aquí simplemente voluntad criminal, hay premeditación.

La voluntad criminal concibe el deseo del crimen y lo ejecuta inmediatamente. Una ocasión súbita la despierta, no reflexiona sino que obedece á la pasión que la agita; se precipita en el mal con el conocimiento del mal, pero sufriendo la influencia de un resentimiento instantáneo.

La premeditación supone que la gente obra de sangre fría, porque delibera antes de obrar, madura y prepara el proyecto: su pensamiento no es oscurecido por ningún impulso apasionado; la reflexión ha enfriado el impulso: un tiempo mas ó menos largo ha transcurrido entre el proyecto y la ejecución, y ha podido calcular el alcance y los efectos de su acción; no solo ha querido el crimen sino que ha calculado los medios de cometerlo.

Por otra parte la premeditación no supone que

el crimen se haya combinado necesariamente de sangre fría; supone solo que ha procedido la reflexión, que no es el resultado del primer momento. (Véase Chauveau Adolphe. Tomo III—Página 410).

Todos los actos, tanto los anteriores como los posteriores al homicidio, demuestran un plan meditado que solo esperaba un momento oportuno para manifestarse.

No es posible suponer que una persona después de un fuerte altercado haya tomado dócilmente el veneno: lo que acusa uno de estos dos extremos, ó que el altercado no tuvo lugar, ó que la suministración del veneno ha sido después que la calma había vuelto á renacer.

Y ¿cómo es posible suponer que una persona en un momento de excitación y ofuscación de su espíritu por el hecho mismo del crimen haya tenido su visión tan clara para trazar y llevar á cabo el modo de deshacerse de los cadáveres sin despertar la mas leve sospecha?

La carta simulada, el interés de obtener de los médicos el certificado de defunción, el modo de proveerse de los medios necesarios para el entierro de los cadáveres y la presencia en él del delincuente, no solo acusan una serenidad de ánimo que en estas circunstancias no es posible tener, sino que manifiestan que eran la ejecución de un plan anteriormente trazado.

Y esto se revela todavía mas si se tiene presente que Castro Rodriguez, para hacer tomar el veneno á Rufina Padin, le manifestó por medio de engaño que había ido hasta la botica para traer polvos de tila que le calmaran los nervios, procediendo de un modo alevoso desde que actúa á traición y sin peligro para él.

Y como si es cierto no fuera bastante, y como si su venganza no hubiera aun quedado satisfecha, y como si el remordimiento no hubiera aun lacerado su corazón con la ejecución de este crimen, le era necesario todavía el sacrificio de la inocencia en aras de su crueldad.

¿Qué circunstancia podría invocar para atenuar la pena que surge de la perpetración de este nuevo delito?

Castro Rodriguez sintiendo llorar á la niña Petrona Castro por el estado de su madre, la hace tomar la atropina que seis horas mas tarde había de terminar con su vida.

Esa niña inocente é indefensa comprende la situación de su madre y solo puede oponer á la consumación del crimen, el llanto que brota de sus ojos. Los instintos de la naturaleza son los que la advierten del peligro, los sentimientos de su corazón son los que le revelan la agonía de su madre, y dócil y sumisa toma el veneno que debe extinguir para siempre ese grito de la inocencia.

Y es un sacerdote que predica la mas noble doctrina del universo el que ha olvidado los preceptos del Evangelio, el que han desconocido los vínculos naturales que le ligaban á las víctimas, el que ha apagado en su corazón todo sentimiento humano, el que ha estinguido todo escrúpulo en su conciencia, el que ha violado todas las leyes y el que no se ha detenido ante ese llanto que le recordaba su crimen. Ni la gravedad del primer delito ni lo innecesario del segundo han sido fuerzas capaces de detener á Castro Rodriguez ó de apartarlo de su propósito criminal.

Pero entremos en otro orden de ideas y busquemos en los antecedentes que fundan la ley penal el verdadero carácter de ésta y su verdadera extensión para de ellos deducir la pena que debe aplicarse al delincuente.

La penalidad, la gravedad del carácter inmoral de un hecho, no es siempre la única regla, no es siempre el único principio, al cual el legislador se apega para determinar la pena que se aplica á este hecho.

En efecto, la inmoralidad, la culpabilidad del hecho, tal como la conciencia nos lo indica es si una primera condición necesaria para que este hecho fuera punible; pero para establecer la medida de esta pena, para determinar la cantidad de ella, el legislador se une á una consideración de otra naturaleza, á saber: el peligro social, el sufrimiento social que resulta de este mismo hecho.

Existe, pues, en la conciencia humana, en materia de penalidad, otra cosa distinta que la necesidad de la defensa social.

Lo que hay es la inmoralidad, es el desmérito del hecho, desmérito al lado del cual colocamos siempre la idea de pena.

Así hay en el derecho de castigar otra cosa que la necesidad de la defensa social: hay la falta, hay el delito, hay el crimen cometido por el individuo sobre el cual debe recaer la pena.

Se sigue de aquí que el mal moral es la primera base de toda penalidad, pero que no lo es la única desde que es necesario tener presente la naturaleza del peligro social, el grado de necesidad que pueda presentarse de reprimir por una pena mas ó menos fuerte un hecho mas ó menos peligroso.

Re á estos mismos principios que ha obedecido nuestro Código Penal al fijar y determinar las penas, sus clases, su duración, ejecución y efectos.

Y el crimen cometido por Castro Rodriguez

reviste tal carácter de gravedad que entraña un peligro social y atenta á las bases fundamentales sobre las cuales reposa la sociedad.

Existen entonces los dos elementos esenciales requeridos para la aplicación del máximo de la pena, sin que tenga por mi parte que entrar á juzgar si ella es buena ó mala, ejemplar ó no, bastándome dejar establecido que ella ha sido mantenida en la ley y designada para esta clase de crímenes.

Por otra parte, el procesado se encuentra convicto y confeso de su delito con circunstancias agravantes, revistiendo su confesión los requisitos prescritos por los artículos 1, 2, 4, 5 y 6, tit. 13, Part. 3.ª.

En representación de la ley y de la sociedad ultrajada y en demanda de la sanción penal, acuso formalmente á Pedro Castro Rodriguez por haber dado muerte á sabiendas con premeditación, alevosía, profanación de lugares sagrados y empleando el veneno (art. 84, inc. 2.ª, 4.ª, 3.ª y 16) á Rufina Padin y á Petrona Castro, pidiendo se le aplique la pena estipulada en el artículo 95, inciso 1.º del Código Penal.

La Agrícola Industrial

CAPITAL: \$ 250,000

DIVIDIDO EN 2,500 ACCIONES DE \$ 100

OBJETO DE LA SOCIEDAD

Cultivo y elaboración de lino, cáñamo, mani fy tabaco. Fabricación de cuerdas.

Comisión Inicialora

Doctor don Carlos María de Pena.

Francisco A. Lanza.

Luis Sivori.

Pablo de Malherbe.

Queda abierta la suscripción de acciones de esta Compañía desde el lunes 20 del corriente en el escritorio de la misma, calle Misiones núm. 91 de 1 á 4 de la tarde.

Montevideo, Agosto 18 de 1888. 2161-ag-30

COMPANÍA NACIONAL

DE

Credito y Obras Públicas

Por acuerdo del Sindicato concesionario de esta Compañía, se avisa al público que desde hoy á las horas acostumbradas de oficina (10 a. m. á 4 p. m.) comenzará la entrega de los títulos provisionales de las acciones.

Montevideo, 21 de Agosto de 1888.

2186-st.7

AVISO

Los resguardos de solicitudes presentadas á la suscripción de 10,000 acciones que no hayan sido canceladas por las acciones correspondientes antes del día 31 del corriente mes, se considerarán caducados y sin ningún valor.

Montevideo, Agosto 30 de 1888.

2372

HECHOS Y RUMORES

El gran cuadro de Blanes—Buenos Aires, Agosto 29.—Desde ayer ha sido expuesto en uno de los salones de la exposición de cuadros del jardín Florida, el gran cuadro de Blanes, representando la lectura del mensaje en el Congreso argentino por el Presidente Roca, después del atentado de Monges. La Tribuna Nacional publicó vez pasada una descripción completa de este trabajo notable, que llamará la atención de cuantos lo examinen con espíritu de justicia.

Se trata, en efecto, de una de esas composiciones que ponen á prueba todas las cualidades del artista. Una falta de perspectiva, una figura irregular, un defecto de colorido, son mucho mas sensibles en estas telas de ejecución complicada, en que es preciso armonizar todo bajo una concepción superior, sin sacrificar al conjunto la animación de cada detalle, y evitando la monotonía.

Resaltan, desde luego, en el gran cuadro de Blanes, la escrupulosa exactitud de su pincel, no solo en la reproducción del local, sino en la perfección de los retratos, en la naturalidad de las actitudes y en la vida palpante de la escena. La dificultad que ha vencido el distinguido pintor, para el desarrollo de su composición, es

inmensa. Solo los grandes genios artísticos han podido formar agrupaciones irreprochables, que resisten al análisis minucioso de la crítica. Así, no negamos que la obra del pintor oriental adolezca de pequeños errores, pero podemos asegurar que ellos no disminuyen su mérito ni impiden a su tributo el justo aplauso que merece por un trabajo artístico, que pone nuevamente de relieve su indiscutible talento.

Guaicurúes—Asunción (Paraguay) Agosto 24.—Por el vapor *Lucía* se remitirán mañana a la Villa Hayes los seis indios guaicurúes, que en su última descubierta los hizo prisioneros el comandante Ferreira. De Villa Hayes les hará este pasar el cordón militar, dejándolos libres completamente para volver a los suyos y dar noticias de cómo se vive entre la gente civilizada. Como dos meses han estado en esta capital, en el cuartel de la escuela, donde se les ha atendido bien.

Se les ha proveído de vestuario, gallinas, etc. y están bastante contentos. Piden con instancia algunos sabes latones y ollas para hacer puchero, y que les gusta demasiado. Es probable que no se les dé los primeros, pero sí las segundas.

Con tratarlos bien y libertarlos se hace un ensayo de acercarlos a la gente trabajadora; tal vez de algún resultado con el tiempo.

Muerte humanitaria y científica—El estado de Nueva York es el primer país del mundo, según afirma el *Scientific American*, que instituye un método humanitario y científico para la ejecución de los criminales sentenciados a la pena capital, destruyendo para siempre la horca vil y repugnante al gobernador Mr. Hill ha firmado, el 4 de Junio último, un bill que autoriza el cumplimiento de la tremenda sentencia por medio de una descarga eléctrica, bill aprobado anteriormente por la legislatura del Estado, siendo ponente una comisión formada por los diputados Mrs. Albridge T. Gerry, Alfred P. Southwick y Matthew Hale, y el cual empezará a regir desde el 1.º de Enero de 1889.

Experimentos prácticos en *anima vili*, esto es, en conejos, perros y bueyes, sucesivamente, han sido hechos en presencia de dicha comisión, para que ésta emitiera su dictamen, por el profesor Mr. Thomson y otros fisiólogos eminentes, y han dado resultados muy satisfactorios, porque la ejecución resultó en todos los casos verdaderamente instantánea: el criminal está sentido, y atado por las muñecas y los tobillos, en ancho sillón de hierro metálico, el cual se une con el polo positivo de la corriente eléctrica por medio del alambre conductor; el respaldo del sillón surge una espiga que termina en placa semicircular también metálica, para adherirse a la parte posterior de la cabeza, a favor de un aro liso de metal que la sujeta, ciñéndola y oprimiéndola a su vez; frente a esa placa y ese aro están unidos en el polo negativo de la corriente eléctrica por medio del correspondiente alambre conductor; los dos alambres parten de un dinamo de poderosa fuerza colocado en una sala inmediata, y el *sheriff* verdugo, sentado a una mesa que está situada a la izquierda y detrás del sentenciado, determina la muerte instantánea de éste solo con oprimir un botón o un manubrio de cristal, que da paso libre a las corrientes, produciendo el choque por retroceso.

El profesor Mr. Thomson afirma que las mencionadas corrientes pasan a lo largo de la médula espinal hasta el cerebro, atacando simultáneamente los centros nerviosos, y paralizando los movimientos del corazón y del sistema circulatorio.

Este sistema de ejecución capital por medio de la electricidad no es nuevo en absoluto: se presentó y fué largamente discutido, en los Estados de Nueva York y de Albany en 1873, y parece que entonces no resultó aceptable.

Reunión consular—El 1.º del corriente se reunieron en Milán los cónsules americanos residentes en aquella ciudad, con el objeto de formar una liga consular para facilitar las relaciones entre Italia y los países que representan.

Estuvieron presentes el cónsul argentino, el del Uruguay, el de Venezuela, el de Chile, el del Perú, el de Bolivia y el del Brasil. Adhirieron los del Paraguay y Honduras.

Prevaleció la idea de formar un círculo destinado a producir la unión de todo el cuerpo consular milanés.

Se nombró una comisión compuesta de los cónsules de la Argentina, Alemania, Estados Unidos, Brasil y Suiza para la redacción de los estatutos.

Yá de ballenas—En Necoches (Buenos Aires) apareció anteayer una ballena muerta. Su longitud es de 21 metros. Junto a una aleta tiene un harpon roto.

Hermosa propiedad—Mañana se efectuará el valioso remate de la gran casa calle Arayp número 230.

El rematador Maeso, encargado de esta venta, nos hace saber que se trata de un edificio dividido en tres cuerpos, sin ser de inquilinato; muy bien situado y el que produce en la actualidad gran renta.

El que quiera emplear bien su dinero ya sabe donde colocarlo.

Lotería de San Luis—Sábese telegráficamente que en el sorteo efectuado ayer de la lotería de la Beneficencia de San Luis (Agentes Unidos) tocaron los premios mayores en los números siguientes:

12714 con 10,000 pesos; 10207, 6065 y 6449 con 500 pesos; 12854, 12616 y 12985 con 200 pesos; 10153, 11129, 13373, 9324, 4381, 3336, 5224, 1714, 2714, 3714, 4714, 5714, 6714, 7714, 8814, 9714, 10714, 11714, 13714 y 14714 con 100 pesos.

Metálico—El *Júpiter* llegó hoy de Buenos Aires con 71 pasajeros, trajo \$500,000 y Com-

pañía Nacional de Crédito y Obras Públicas y \$358,15 a A. J. Christophersen.

Carreras en el Cerro—El domingo habrán en esta villa diversiones hípias: En las carreras concertadas conocemos una que toman parte en seis cuadras los conocidos caballos *Caramuru, Turco, Coquimbo y Burro*.

Los días juéves, viénes y sábado se darán remates empezando a las ocho de la noche en el café de Otamendi conocido por el de Primo y el domingo habrá sport.

Lamentable fallecimiento—Tenemos el pesar de comunicar que el señor don Hipólito Lemaitre, comandante del vapor francés *Provençe*, falleció anoche en Buenos Aires. El señor Lemaitre gozaba de generales simpatías en el Río de la Plata.

Teatro Solís—El estreno de la compañía Coquelin ha sido brillante y las dos piezas representadas han bastado para que nuestra prensa haga plenamente justificada la *reclame* que la prensa hizo al eminente artista *ex-socio de la Comedia Francesa*.

Mr. Coquelin se revela desde su aparición en la escena por un artista consumado; al finalizar la pieza se lo proclama gran artista.

Su dote especial, precioso, envidiable, rarísimo, característico es la *naturalidad*.

El espectador, viéndolo y oyéndolo, se olvida que está en un teatro; cree ver y oír a un hombre en su propia casa; es, así se me permite la expresión, un *colmo del arte*, es la realización del gran precepto del inmortal Torcuato Tasso:

L'arte che tutto fa, nulla si scopre

Tanto bajo el traje contemporáneo del Conde de Chateaufort, como bajo la peluca enredada de Mascarillo, Mr. Coquelin está a sus anchas, se halla en su centro ordinario de acción, es un personaje que vive y siente como debieron vivir y sentir los originales de aquellos dos tipos.

Sillogar esto, no es ser gran artista... ¿qué debería entenderse entonces por arte dramático?

Tributado el justo homenaje de nuestra sincera admiración a Mr. Coquelin, justo es que digamos que ha sido bien acompañado, y que el conjunto de la compañía ha agradado sumamente al numeroso y selecto público que asistió a la representación.

Constituye ésta de *El Diputado de Bombina*, comedia en tres actos de Brisson, que nos dio a conocer meses há la compañía Modena; es una divertida sátira de las suergas despoticas y ragañas, matizada con chisporroteos contra las influencias de la aristocracia retrógrada y contra la farra electoral, que, poco más o menos, es la misma bajo todos los climas y todos los gobiernos.

Las señoras Kernick y Lemercier y los señores Coquelin (menor), Leroy y Duquesne, han desempeñado bien sus papeles y el público se ha divertido en grande.

Quien tuviera tiempo disponible para hacer un estudio de historia literaria comparada, hallaría mucho paño que cortar comparando la *culta-latini* por la de Quevedo con las *Preciosas ridículas* de Molière; tanto el gran satírico español, como el gran satírico francés se pugnaron en fustigar reciamente los neologismos, la pedantería y los juegos de lenguaje tan de moda en su época y lo hicieron con tanta vis cómica (aunque no siempre con tal acacia) que la posteridad sería aun de tan pretenciosas nimiedades.

La interpretación de esa joya literaria ha sido excelente, Coquelin el mayor y Coquelin el menor, las señoras Patry, Lemercier y Kenich y el señor Leroy han desempeñado muy bien los principales papeles y nos han dado un brillante *specimen* del como se ejecutan en París las obras del inmortal Molière.

El público salió entusiasmado por Coquelin y muy satisfecho de sus inteligentes compañeros.

Esta noche debuta JANE HADINE en *Le Maître de forges*.

Coquelin mayor recitará dos monólogos, en cuyo género es toda una especialidad; algunos espectadores nos han manifestado el deseo de que entre esos monólogos figure el de *Barbasou* en el cual nos dicen que el eminente artista es insuperable.

Delta.

Publicaciones Lajonane—La *Librería Nacional* de Barreiro y Ramos ha recibido el segundo tomo de las *Obras de Sarmiento* que publica en Buenos Aires el activo e inteligente editor don Félix Lajonane de Buenos Aires y un extenso tratado de *Geografía Argentina* por Kallitz, publicado por el mismo editor.

Nuestro amigo Delta nos ha prometido ocuparse en breve de ambas publicaciones, que hoy se limita en anunciar y recomendar a los aficionados a cosas americanas.

Buques entrados—Día 30: De Buenos Aires, vapor francés *Júpiter*, a Christophersen; de Liverpool, vapor inglés *Pará*, a Schwartz.

Parte policial—Día 30: La Jefatura Política de Rio Negro remitió a una *dámante* y un *caudamado*.

—La Policía de Seguridad remitió a un individuo autor de un robo.

—La Comisaría, de la 1.ª sección del cuartel que un individuo domiciliado en la calle Maciel número 47, fué encontrado muerto en su habitación.

—La misma remitió a un individuo por escándalo.

—La de Manga y Toledo a un individuo por igual causa.

—La Jefatura Política del departamento de Rocha remitió a tres encausados a disposición del Juez Lido del Crimen.

La Comisaría de la 1.ª sección a un individuo por conato de estafa.

La de la 5.ª a un individuo por castigar a una mujer.

—El jefe de Serenos a tres individuos y una mujer por escándalo.

La Comisaría de la 7.ª sección a un individuo alienado.

Salieron 14 presos.

Accidente—La locomotora núm. 2 del Ferrocarril Central del Uruguay volvia sola, a la 1 y 15, a la estación. Al pasar por frente a la barraca de Ambrosio, un joven que se hallaba fuera de la vía, cayó, sin que se sepa si el hecho fué intencional o casual, bajo el miriñaque, siendo arrastrado en una gran distancia y despedido a por las ruedas.

La masa de carne informe, apenas si permitiera reconocer en el cadáver a una persona, no mayor de 16 años, vestida de irreprochable manera.

Se ignora el nombre de la víctima.

Visita—El Obispo Monseñor Yeregui, acompañado de varias personas, visitó esta mañana la Cárcel Correccional y Penitenciaria.

El Coronel Quinceos, jefe de aquel establecimiento obsequió a los visitantes con un *lunch* servido por la Confitería del Telégrafo.

Fiesta—Se nos informa que el doctor don Hildelonso García Lagos, Ministro de Relaciones Exteriores, dará en breve una espléndida fiesta en honor a los miembros del Congreso de Derecho Internacional.

Licencia—Ha solicitado licencia para venir por asuntos de servicio el Juez Letrado de Artigas, doctor Minelli.

El comandante Ordoñez—En esta semana llegará del Rio Negro el jefe político comandante don Pablo Ordoñez, quien viene por asuntos de servicio.

Acresores—El 4 de Setiembre se reunirán en el Juzgado de Comercio de 1.º turno los acresores del concurso de don Antonio Sanuli.

Taharé—La Librería Nacional del señor Barreiro ha recibido un precioso volumen, impreso en París, que contiene el poema *Taharé*.

Esta obra de Zorrilla de San Martín, rica en colorido local y en la que palpitaban variadas escenas de muy lejanos tiempos, ha sido revestida por la imprenta y la encuadernación con las más atractivas formas, dignas del alto mérito literario de tan preciadas páginas.

Suma y signo—El Juez de Comercio ha concedido título de corredor y rematador a los señores Jorge Passano y P. A. Aguiar.

Exámenes—Mañana terminan en la Dirección General de Instrucción Pública, los exámenes de maestras de primer grado.

Comerciantes—Los señores Amy y Henderson han solicitado matrícula de comerciantes.

Nicasio Sotojove—Este aventajado y humanitario joven que llegó hace cuatro o cinco días de Europa, a donde había ido buscando alivio a sus dolencias, falleció anoche en la calle de 25 de Mayo, número 414.

Nicasio Sotojove, cuando en el año 1884 la epidemia de la difteria azotó la población de Mercedes, fué un abnegado asistente de todos los enfermos pobres, a quienes les proporcionaba hasta los recursos de que carecían.

Por su proceder humanitario y digno, la población de esa ciudad le obsequió con una preciosa medalla de oro que lleva en el anverso y reverso inscripciones honoríficas para el favorecido. —(La Española.)

Sin telegrama—Nos falta el telegrama comercial de Buenos Aires en razón de que en aquella plaza se festeja el día de Santa Rosa.

Mortalidad—Día 30: Antonio Loranzo, oriental, 1 año, elapasia; Margarita Tovarigari, oriental, 5 años, meningitis tuberculosa; Jacinto Hernández español, 53 años, viudo, tuberculosis pulmonar; Carlos Sacchi, italiano, 26 años, soltero, viruela; Bartolo Genta, oriental, 8 días, falta de desarrollo; Andrés Vioti, oriental, 1 mes, atropia; Victoria Galietti de Billana, italiana, 30 años, casada, metrorragia; Santiago Lautero, italiano, 30 años, casado, herida de arma de fuego; Agustín Dutra, oriental, 18 años, soltero, pio torax; Margarita Bagnasco de Torrelli, italiana, 43 años, casada, tuberculosis pulmonar; María Plá de Gazzolo, oriental, 27 años, metro peritonitis puerperal; Dolores Sedres de Fresa, oriental, 25 años, casada, tuberculosis pulmonar; Una cría tura; María Paula Vazquez, paraguaya, 30 años, septuaginta puerperal; Nicasio Sotojove, español, 36 años, tuberculosis pulmonar; Erasmo Perdomo, oriental, 7 años, viruela hemorrágica; Florentina Castronari, oriental, 5 meses, neumonía.

Para acelerar el servicio—Se ha concedido a la Empresa del tranvía del Paso del Molino autorización para colocar desvíos en las bocacalles Cerro, Maciel y Patagones, iguales en extensión a las de las escalas principales.

El Gobierno—S. E. el Presidente de la República y los señores secretarios de Estado celebraron acuerdo general en el cual se trató de la cuestión presupuestaria.

Movimiento de pasajeros—Llegados hoy por el *Júpiter*:

De Buenos Aires: P. A. Searcha, L. B. Superville, M. Bercini, L. Bercini, N. García, H. Folio, Félix Corso, P. Becani, E. Masoni, B. Reyes; A. Reyes; A. Ballero, J. Ballero, señora Ballero, J. Sariani, señora Sariani, María Sariani, J. Delfino, J. Fleitman, señora Raimond, P. O. Gallegos, M. Andrea, A. Señoret, J. Salchun, J. Saanen, A. Correa, P. Piris, C. Perrot, A. Juncas, H. Carías, E. Dolcini, L. Duran, S. M. Alvarez, J. Raggiotti, D. Scotti, M. Podesta, L. Tronconi, T. Cololchi, B. Racedo, M. Rivetti, L. Franco, P. S. Jorge, E. Rossi, M. Rodríguez, H. C. Ledezder, B. Ampio, T. Macchate, J. Blanco, M. Brochete, P. Forbes, A. Berro, T. Sanchez, F. Portillo, J. E. Hughes, J. Vidala, F. Vales, A. Duran, A. Benre, F.

Salida mañana:

Para Buenos Aires solamente, vapor francés *Júpiter*, Agencia calle Piedra número 12.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Buenos Aires solamente, vapor argentino *San Juan*, Agencia calle Piedra número 12.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Buenos Aires solamente, vapor argentino *San Juan*, Agencia calle Piedra número 12.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Desembarco:

Salida mañana:

Para Buenos Aires solamente, vapor francés *Júpiter*, Agencia calle Piedra número 12.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Buenos Aires solamente, vapor argentino *San Juan*, Agencia calle Piedra número 12.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

P. Raffo, J. Maquieigui, J. Martínez, J. Grassi, P. Casteros, A. Carro, R. Sopelli, L. Nova, R. Gentile, J. Noya, J. Corradi, J. Bollo.

NOTA—Copiamos los nombres de los pasajeros tal cual se hallan en la lista que se confecciona a bordo.

SECCION COMERCIAL

BOLSA DE COMERCIO

Montevideo, Agosto 30.

Primera hora oficial—Se vendieron las siguientes anotaciones:

Banco Nacional: 1230 acciones a 146½, 146½, 147½, 147½ y 147½ al contado y 1,170 a 146½, 146½, 147½, 147½, 147½, 147½ y 147½ al contado, 420 a 103½, 103 y 103½ para mañana y 100 a 103½ para fin de Setiembre. **Banco Constructor Oriental:** 200 acciones a 102½, 102½ y 102½ para mañana y 50 a 103½ para fin de Setiembre. **Cédulas Hipotecarias:** 2,300 a 78½ al contado, 2,300 a 78½ al contado y 2,300 a 78½ para mañana y 2,300 a 78½ para fin de Setiembre.

—El *Empréstito Unificado* se cotiza en Londres a 73½.

OPERACIONES

PRIMERA HORA OFICIAL

Banco Nacional

50 acciones al contado 147½ cada una

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

100 idem 147½

Para Rio Janeiro, Barcelona, Marsella y Génova, vapor francés *Provençe*, Agencia, calle Zabala núm. 176.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

Para Rio Janeiro, San Vicente, Génova y Nápoles, vapor italiano *Roma*, Agencia, calle Zabala número 78.—Correspondencia en el Cerro hasta las 3 y 30 y en la sucursal marítima hasta las 4 p. m.

MISTRESS WOOD

LAS HIJAS DE LORD OAKBURN

(NOVELA ESCRITA EN INGLÉS Y TRADUCIDA POR ***)

—Mientras la vasija quedaba cubierta de polvo era señal de que no se había destapado. ¿Has visto la telaraña que estaba encima? Podrá haber prueba más evidente de que no se había abierto? La telaraña salvaba a tu padre. Federico quedó aterrado; hubiera dado su vida por no haber cometido tal imprudencia. —Nadie puede sospechar de mi padre; no tío, nadie se atreverá a acusarlo.

—¿Y a quién acusarán entonces? La medicina ha salido de nuestro laboratorio, se la hemos entregado a la asistente Peperfly, quien la ha administrado a Mme. Crave; nada más sabemos. Mr. Carlton, médico tan digno como nosotros, certifica que la bebida olía a ácido prúsico cuando la asistente la entregó. Lo dijo entonces, y la asistente lo atestigua. ¿Sobre quién han de caer las sospechas, sino sobre el que ha compuesto la mixtura y la ha enviado? Tienes confianza en tu padre, y yo la tengo en mi hermano: estoy seguro de que no ha cometido el error de poner veneno en una poción calmante; el polvo y la telaraña lo hubiesen manifestado a los que no están obligados a tener confianza en él. Mas destruido la prueba; véte a acostar; bastante daño has hecho hoy.

Federico temblaba y sentía turbársele la vista; oyendo a su tío, apercibió las consecuencias de su acción y quedó aterrado. No supo contestar; deseaba estar sólo para llorar a sus anchas y buscar medios de salvar a su padre, reparando su falta.

—Ven, hijo mío, le dijo con ternura Stephen, y que el cielo te bendiga. Lo has hecho sin malicia. ¿Quién ha de creerte culpable? Tranquilízate; soy fuerte con el testimonio de mi conciencia, y con el auxilio de Dios, haremos que todos lo reconozcan.

Federico salió del laboratorio llorando como un niño a pesar de sus diez y seis años: se le partía el corazón y no tenía nadie que le consolara. Era hijo único, y su madre, que era lo que mas amaba en el mundo, estaba en el extranjero por razones de salud.

Mr. John y su hermano se quedaron en el laboratorio, donde poco después llegó el ayudante Mr. Whittaker, que también era médico: juntos hablaron del acontecimiento de la noche, pero sin llegar a una solución.

—La medicina se entregó a Dick tan luego como se hubo preparado: lo podremos certificar Federico y yo,—dijo el ayudante,—y Dick la entregó intacta a la Peperfly. Mister Carlton la ha tomado de manos de la asistente, y ha percibido un olor extraño... No me lo explico. Con frecuencia he oído hablar de magia; ésta me parece de lo superior. ¿Qué desgracia que Mr. Carlton no trajera la medicina cuando vino!

—¿Le ha visto usted, Whittaker?—preguntó Stephen.

—Sí; estaba yo solo aquí. Me preguntó si podía decir dos palabras a Mr. Stephen Grey; contesté que había estado salido, y se marchó.

—Todo es incomprensible en este asunto,—dijo Stephen:—el tiempo quizás lo aclarará, como sucede con otras cosas.

CAPÍTULO IX

La opinión pública en Wennock Sud.

Grande era la agitación en Wennock Sud al día siguiente de la muerte de Mme. Crave; el martes por la mañana el vecindario discurría por las calles hablando del horrible acontecimiento; había grupos en la calzada, en la calle Mayer, en las tiendas y casas particulares. No se hablaba de otra cosa.

Los ánimos siempre están dispuestos a acoger lo misterioso, a darle vueltas y más vueltas hasta conocerlo; ¡qué buena suerte les deparaba un asunto de tan intrincados detalles! John estaba en lo cierto, afirmando que su hermano sería el responsable. La opinión general fué que Mr. Stephen Grey había cometido un grave error en la preparación del calmante. Nadie se acordaba ya de la escrupulosidad con que hasta entonces había cumplido los deberes de su profesión.

—Guio mis caballos hace trece años; nunca he volcado y no he muerto a nadie; pero no es esto una razón para que no me pueda suceder,—decía el cochero de una diligencia de cuatro caballos, que hacia el servicio de una ciudad a otra, y que estaba almorzando en el *Leon Rojo*;—he aquí lo que ha pasado a Mr. Stephen Grey. Hasta hoy ha compuesto bien sus medicamentos y ha concluido por equivocarse. Sucede al que menos se piensa; ustedes pensarán como yo.

Todos hicieron un signo de sentimiento. En un corrillo formado delante de la posada había gentes de todas clases y profesiones. En una ciudad pequeña todos se conocen y hablan con todo el mundo.

Un herrador decía:—He puesto mal un clavo el otro día en la pezuña de un caballo, y se ha quedado cojo; nunca me ha sucedido otro tanto.

—Digame usted, ¿y el pobre Fisher?—interrompió un hombre pequeño que estaba algo fuera del corrillo (era Wilkes el barbero).—¿cuántas veces ha atravesado el río con su barca? Nada

le había sucedido hasta hace quince días, que se ahogó al regreso.

—Gran desgracia para Mr. Stephen Grey,—exclamó un *gentleman*.—La inadvertencia, si la ha habido, pesará sobre él toda su vida.

—¿Es un señor muy bueno!

—Cosas extrañas hay en la vida,—observó el Reverendo Mr. Jones, beneficiado de la iglesia de San Marcos, pariente próximo de los Grey. —Me han asegurado que el único frasco que contenía el ácido prúsico en el laboratorio no había sido tocado.

—Mr. John me lo ha contado esta mañana,—interrumpió vivamente otra persona,—y ha añadido como prueba que estaba cubierto de telas de araña, y que así estaba todavía después de la muerte de la dama. Después ha sido limpiado por el joven Federico.

Hubo un momento de silencio. La multitud se detiene, en general, sobre lo último que oye, y era la primera vez que oía aquello. Un tendero, llamado Plumstead, rompió el silencio. No era muy adicto a los Grey, que se surtían de otra tienda: su voz era algo sarcástica.

—Mejor hubiera sido dejar las telas de araña como estaban para que las vieran el fiscal y el Jurado.

—John Grey es hombre de honor e incapaz de emplear la mentira,—dijo otro. —Una ó dos personas menearon la cabeza en señal de duda. —¿Podía saberse lo que haría por salvar a su hermano?

—Díganme ustedes,—exclamó un recién llegado,—¿cómo y por quién se había de poner el veneno en la medicina, sino por el que la estaba haciendo? ¿Y cómo hubiera podido olerla monsieur Carlton si no estaba dentro?

—Cierto que estaba. Sin esto no hubiera muerto la viajera.

—Es un argumento sin réplica. La medicina ha ido directamente de casa de los Grey a la calle del Palacio: la tía Peperfly y Mr. Carlton certifica que olía a ácido prúsico: dicen que Mr. Carlton supuso que la haría daño, y se fué a preguntar a los Grey: Mr. Stephen había salido y no pudo verle. Aseguran que sintió mucho no llevarse el frasco.

—¿Y por qué no lo hizo?

—No podía pensar que la cosa llevaría tal giro. Parece que indicó que no se le administrase a la enferma.

—¿Quién lo ha dicho?

—Lo he oído.

—En todo caso,—observó un *gentleman* que no había desplegado los labios,—la conclusión es que cuando la medicina salió del laboratorio llevaba el veneno dentro. Preparada por Mr. Stephen Grey, no veo como podrá salir de tan difícil dilema.

—No saldrá, caballero, dijo uno con tono áspero;—fácil es hablar de que el joven Federico quitó las telas de araña. Puede ser que lo hiciera, pero la cuestión es saber en qué momento.

Al oír hablar de Federico, interrumpió el tendero:—Le he visto pasar por delante de mi tienda; le he hecho algunas preguntas, y me ha contestado:—«Mi padre ha preparado la medicina como siempre se hace; lo juro, pues estaba delante. ¿Podría usted jurarlo? le pregunté para ver si se cortaba. Si, lo haría si fuera menester, repuso con altivez mirándome a la cara; mi palabra vale un juramento, mister Plumstead; y se marchó velozmente.

—Federico es como sus padres, franco y caballero, notó el barbero Wilkes. Dice que todo estaba en regla; ¿por qué no lo hemos de creer?

—Pretenden algunos, dijo otro levantando la voz, que mister Stephen se había bebido una botella de champagne y que no sabía distinguir una vasija de otra vasija. Había bebido en casa del empleado de hacienda Fisher.

—¿Qué absurdo! exclamó el beneficiado. Mr. Stephen nunca bebe.

—Sin embargo, caballero, dijo el cochero, que quería echar su cuarto a espaldas (era de los que creían en la calumnia), aseguran que Mr. Fisher podría servir de testigo: estaba con Mr. Stephen y le ha visto trabajar.

En aquellos momentos Mme. Fitch se asomó a la puerta.

—¿Ehl! ¡Sam Head! dijo al cochero, sabe usted que su media hora ha pasado ya hace cinco minutos?

Sam Head entró en el patio aligerando el paso cuanto permitía su obesidad. Los caballos estaban enganchados y los viajeros esperando. Sam Head se había retrasado a causa del acontecimiento de la noche, y olvidó el almuerzo.

En el acto de dejar su puesto el cochero en el corrillo, otro lo ocupó. Precisamente fué la persona de quien hablaban; el empleado Fisher, hombre fino, elegante, de buena sociedad.

—¡Ah! es Mr. Fisher. Díganos usted, ¿es verdad que nuestro champagne trastornó de tal manera ayer tarde la cabeza a Stephen Grey, que ha tomado el ácido prúsico por jarabe de lechuga?

—¡Vaya, vaya!—contestó Fisher,—Stephen Grey sabe muy bien lo que se debe a sí mismo para beber champagne sin medida, sea en mi casa ó en cualquiera otra parte. Si ustedes quieren saberlo todo, ayer fué el cumpleaños de mi mujer.

—¿Desea que el aniversario de la boda,—interrumpió uno.

—Pues bien, se han equivocado. Era su cumpleaños. Cuando vino Stephen Grey a mi casa destapaba yo una botella de Champagne; le rogué que brindara a la salud de mi mujer. Ella bebió dos copas y Stephen otras dos; lo demás me lo bebí yo. Stephen estaba tan sereno al salir como al entrar. Le acompañé, y presencié la operación.

—¿Podría usted jurar que no ha echado ácido prúsico?

—No!—replicó Fisher.—Si dijera que la pócima era ácido prúsico puro, no podría afirmar lo contrario: le he visto mezclar dos ó tres líquidos. ¿Eran venenos? Yo no lo sé; no conozco las botellas, y si las conociera, no he

puesto ningún cuidado, no he hecho más que reír y charlar todo el tiempo. Esta mañana, Mr. Whittaker me ha enseñado el sitio donde se pone el ácido prúsico; y lo que afirmaría con juramento es que Mr. Stephen no cogió ayer vasija alguna que estuviese tan alta. Es lo que sé. Es una historia tan extraña como incomprensible; lo más particular es... pero tened cuidado, que nos atropellan....

Todos se apartaron. Sam Head, con grandes bríos, guiaba al trote largo sus caballos para recobrar el tiempo perdido. El grupo se formó más lejos.

Las probabilidades estaban contra Stephen Grey: una corriente se formaba en contra suya, no precisamente contra el hombre, sino contra el que había preparado la medicina, que solo él podía haber adulterado. En vano varias gentes salieron en su defensa, afirmando que, dado el caso de que hubiera veneno en el medicamento, nada probaba que él hubiese sido quien lo puso. De nada sirvió que Federico reiterase el aserto de que había sido testigo de la operación, que se había hecho en regla; nada destruye el parecer del vulgo cuando se fija en una idea.

—Déjalo estar, Federico, dijo sir Stephen: el tiempo lo aclarará todo, y entonces se cambiará la opinión.

—Si, pero mientras, ¿qué sucederá a mi padre? exclamaba apesadumbrado Federico; no le llevarán al tribunal como sospechoso de homicidio?

CAPÍTULO X

Perplejidades de Judith

Judith, como se recordará, volvió temprano la víspera a la habitación donde moraba en compañía de su hermana, todos dormían en la casa en el momento de la catástrofe; nada supo Margarita hasta el día siguiente.

No quiso despertar a su hermana, y Judith, que necesitaba descanso, se levantó muy tarde. Cuando, después de las nueve, bajó a la cocina, Margarita estaba concluyendo el desayuno.

—¿Cómo va tu fluxion, Judith? le preguntó preparándola el té; me parece que va mejor, pues no tienes tan hinchada la cara.

—No sufro ya casi nada, dijo Judith. ¿Por qué no me has llamado más temprano?

Margarita continuaba haciendo el té, sin proferir palabra; no sabía como anunciar la noticia a su hermana, segura como estaba que, a pesar de todas las precauciones, le había de hacer mucha impresión. Al poner una taza de té la llamó su señora y tuvo que salir. No le disgustó esta tregua.

—¿Sabes, Margarita, cómo va Mme. Crave? preguntó Judith a su hermana, que volvía. ¿Te lo han dicho?

—Me... me parece que no está bien, contestó Margarita; pero toma algo: debes tener necesidad.

—¿Qué no está bien! observó Judith sin atender a la observación. ¿Es que le ha vuelto la calentura?

—No, no es calentura. Dicen... dicen que le han dado un mal remedio.

Judith miró a su hermana con asombro, y después de un momento de vacilación se dirigió a la puerta.

Margarita la cogió del vestido.

—No vayas, nada tienes que hacer allí. Quédate.

—Séntate, Judith; tengo que decirte una cosa. No necesitas ya de ti al lado de Madame Crave. ¿Me entiendes, ó quieres que me explique mejor?

—Judith, dominada por la seriedad con que su hermana hablaba, se sentó, esperando una explicación mas categórica y mirando de hito en hito.

—Todo ha concluido, Judith; la pobre señorita murió anoche a las diez.

Judith no profirió la menor palabra. Parecía anonadada.

—Mr. Stephen Grey, continuó Margarita, se ha equivocado y ha enviado veneno en lugar de un calmante.

Judith estaba livida como una muerta. Su fisonomía cambió de repente y sus ojos brillaron. Pronunció en voz baja algunas palabras, y ocultó su cara entre las manos.

—Ahora, que lo sabes todo, añadió Margarita, harás lo que te parezca. ¡Qué desgracia la de esa pobre señorita!... pero, en fin era una extraña.

Judith temblaba. Alzó la cabeza y miró a su hermana.

—¿Dices que el veneno lo ha enviado Mr. Stephen?

—Así dicen todos: a mi me parece muy raro, pero la muerte de la señora da la razón a los murmuradores.

—No, no es Mr. Stephen quien lo ha hecho! Eso es horroroso, Margarita. ¿Cuándo ha fallado?

—Me parece que a las diez ó diez y cinco minutos. Pretenden que vino Mr. Carlton y que estaba presente cuando trajeron la medicina. Ha dicho que la botella olía a veneno. Fué a casa de los Grey a preguntar si no había habido algún error; pero cuando volvió, la señora había tomado ya la poción.

—Pero ¿por qué Mr. Carlton no ha prohibido que se la hicieran tomar?

—No sé. Creo que mistress Gould ha asegurado que el médico prohibió a la enferma que la tomase. ¡Pobre mistress Gould! Aquí estuvo esta mañana. Nada tiene que reprocharse, y todos le aseguran que nada tiene que temer.

Judith se levantó, exclamando con tono resuelto:

—Tengo que ir a informarme por mí misma.

—Puedes ir. Lo que yo quería era antes darte la noticia.

Mistress Gould y la asistente trabajaban y charlaban en la cocina, haciendo frecuentes

libaciones y echando tragos para calmar la excitación nerviosa.

Tan luego como Judith entró en la cocina, las dos empezaron a contarle los acontecimientos de la noche anterior, Judith, apoyándose en la ventana, las oía sin replicar.

—Es imposible que Mr. Stephen haya echado inadvertidamente veneno en la medicina. Nunca lo creeré. Tales fueron sus primeras palabras.

La policía, que custodiaba el aposento, permitió a Judith que entrase.

El rostro de la pobre señora no estaba alterado por la muerte; aun aparecía hermosa. Judith prorumpió en llanto al contemplarla.

Se inclinó sobre ella, la besó en la frente, y se distinguían entre sus sollozos que dirigía a la muerta no sabemos qué frases entrecortadas.

Poco faltó para que al salir tropezase con Mr. Carlton.

El médico se había puesto a disposición de la policía para ayudarla en sus pesquisas. El jefe le había encargado de averiguar quién podía ser aquella señora, y venía a avisar que había enviado telegramas a algunos de sus amigos a Londres, que se la habían recomendado.

Después pidió que le dejaran hacer varias preguntas a mistress Peperfly; dudaba sobre su estado de sobriedad durante el acontecimiento, por lo que la interrogó con aire severo.

—Una cosa me parece extraordinaria, mistress Peperfly, y es que no haya dicho a V. Mme. Crave que yo le había prohibido que tomase la bebida; me parece imposible que no se lo advirtiese a V., y con todo, V. se la ha hecho tomar.

—Puedo jurar sobre la Biblia que no me ha dicho una palabra,—contestó la asistente, que no sabía si indignarse ó echarse a llorar ante tal reproche;—al contrario, ella misma la pidió y la quería después de haber tomado la sopa.

Mr. Carlton fijó sus ojos garzos sobre mistress Peperfly.

—¿Está V. segura de todo lo que dice? Mistress Peperfly comprendió la insinuación y contestó con aire de dignidad ofendida:

—Doy gracias a Dios de no haber bebido en toda la noche.

En la misma mañana Judith se encontró con Federico Grey.

—Judith, le dijo con emoción, ¿qué opina V. de lo que ha pasado?

—No sé qué pensar. En mi vida he experimentado una emoción semejante.

—Judith, V. conoce a mi padre ¿le parece a V. posible, posible, entendiéndolo bien, que pusiera inadvertidamente ácido prúsico en un calmante? continuó Federico con un tono de vivacidad.

—Mr. Federico, no lo creo.

—Oígame V., yo estaba presente cuando preparó la bebida. He visto todo lo que ha puesto, y la mixtura estaba en regla. Al entrar papá con Mr. Fisher, me mandó que fuese a mi cuarto a estudiar la lección de latín; pero preferí no hacer nada, y ahora me alegro. Declaro que la poción estaba bien compuesta. Pues bien, cuando llegó a casa de Mme. Crave, pretenden que tenía veneno y ocasionó la muerte a la señora.

—¿Quién podrá desembrollar todo esto? Judith no contestó. Sus miradas, fijas en el espacio, denotaban que las ideas se confundían en su cerebro.

—Todos acusan a mi padre. Se refiere... no quiero repetirlo; pero hay también quien no lo cree culpable.

—De ese número soy yo, contestó Judith.

El joven se detuvo. Dió un paso adelante y la dijo algo al oído. La blanca figura de Judith se puso de color carmesí; quiso ponerle las manos sobre la boca para que callase.

—Mr. Grey, no diga V. eso.

—Judith, soy capaz de decirlo en voz alta.

—Y hubiera sido mejor, repuso Judith.

Hubo un momento de silencio, y después los dos interlocutores continuaron su diálogo.

—¿Se formará causa?—observó Judith.

—¿Causa? Ya lo creo: nunca ha habido circunstancias que mas la reclamen. Si el veredicto es contra mi padre, la culpa será mía.

Entonces le contó cómo había quitado al polvo al frasco del ácido prúsico.

—Lo peor es que no se sabe cómo avisar a los parientes de la pobre señora, si es que los tiene. Dice mi padre que usted llevó una carta suya al correo.

—Es verdad, y la policía me ha interrogado ya. No me acuerdo de más señas, sino que era para Londres. La carta era para aquella señora Smith que ha venido a recoger el recién nacido.

—Se están haciendo diligencias para saber dónde para. Carlton opina que es lo primero que hay que hacer para venir en conocimiento de quien era Mme. Crave. Ha dado sus señas a la policía; la encontró el domingo por la noche en la estación de Wennock. Ahora me voy corriendo, por qué pensarán que estoy perdiendo el tiempo.

El joven se marchó apresuradamente. Judith, absorta en sus pensamientos, le siguió largo rato con la vista. Su mirada tenía una expresión severa, que daba a conocer lo vacilante de su ánimo.

CAPÍTULO XI

El informe del fiscal

Al siguiente día en que se empezó a instruir el sumario llovía a tormentas.

Las calles de Wennock-Sud estaban llenas de gente, sobre todo los alrededores del *Leon Rojo*, adonde el fiscal acababa de llegar acompañado de un escribano.

El magistrado era grueso, bajo de estatura, de pelo negro, y rostro simpático. Al bajar del coche dió la mano a algunos conocidos que allí estaban.

El escribano le seguía.